El éxito. Una palabra que despierta admiración, deseos, esfuerzos y, en muchos casos, obsesiones. Desde pequeños aprendemos que debemos «triunfar», destacar, acumular logros, conseguir reconocimiento y construir una vida que los demás consideren admirable. Las redes sociales han multiplicado esta presión hasta límites impensables hace apenas veinte años. Hoy el éxito parece medirse por seguidores, propiedades, títulos, viajes, influencia, apariencia física o capacidad económica.

Sin embargo, existe una pregunta que muy pocas personas se atreven a formular: **¿qué ocurrirá con todo eso cuando llegue la muerte?**

La fe católica responde con una claridad que resulta profundamente contracultural: **todo aquello que no esté unido a Dios terminará convirtiéndose en polvo.**

Esta afirmación no pretende despreciar el trabajo, el estudio, el progreso humano o el desarrollo profesional. La Iglesia nunca ha condenado el éxito entendido como fruto del esfuerzo honrado. Lo que denuncia constantemente es convertir esos bienes temporales en el centro de la existencia, sustituyendo al único Bien absoluto: Dios.

Vivimos en una época que ha confundido el éxito con la felicidad, la fama con la dignidad y la riqueza con la bendición. Pero la Sagrada Escritura, la Tradición de la Iglesia y la experiencia de los santos ofrecen una perspectiva completamente distinta.

Este artículo quiere ser una reflexión incómoda, sí, pero profundamente liberadora.

Porque aquello que hoy el mundo aplaude, mañana puede desaparecer.

Y aquello que hoy parece invisible ante los hombres puede brillar eternamente delante de Dios.

El espejismo del éxito moderno

Nunca una generación había tenido tantas posibilidades de hacerse visible.

Un vídeo viral.

Un negocio exitoso.

Miles de seguidores.

Reconocimiento público.

Premios.

Posiciones de prestigio.

Pero nunca tampoco una generación había experimentado tanta ansiedad, vacío existencial y sensación de fracaso.

¿Por qué?

Porque el ser humano fue creado para el infinito.

Ningún éxito limitado puede llenar un corazón diseñado para Dios.

San Agustín lo expresó con una frase que sigue siendo una de las más profundas de toda la historia del cristianismo:

> *«Nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti.»*

El problema no es tener éxito.

El problema es esperar que el éxito haga aquello que únicamente Dios puede hacer.

La Biblia ya había advertido este engaño

Hace casi tres mil años el libro del Eclesiastés describía exactamente la sociedad moderna.

> *«Vanidad de vanidades, dice el Qohelet; vanidad de vanidades, todo es vanidad.» (Eclesiastés 1,2)*

La palabra hebrea utilizada, **hebel**, significa literalmente:

- vapor;
- humo;
- niebla;
- algo que aparece y desaparece.

No significa que la creación sea mala.

Significa que todo lo terreno es pasajero.

El hombre trabaja durante décadas.

Acumula patrimonio.

Construye empresas.

Escribe libros.

Levanta edificios.

Pero llegará un día en que otro heredará todo.

El Eclesiastés continúa:

> *«Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá.» (cf. Job 1,21)*

Nada material cruza el umbral de la muerte.

Nada.

El mayor error espiritual de nuestro tiempo

Quizá el mayor pecado cultural de nuestra época sea haber olvidado la eternidad.

Vivimos como si nunca fuéramos a morir.

Planificamos la jubilación.

Invertimos para dentro de treinta años.

Pensamos en seguros.

Hipotecas.

Vacaciones.

Carrera profesional.

Pero apenas pensamos en nuestra alma.

Sin embargo, Cristo nunca ocultó esta realidad.

Dijo con absoluta claridad:

> *«¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?» (Marcos 8,36)*

Es una de las preguntas más radicales del Evangelio.

Observemos que Jesús no dice:

«Ganar una parte del mundo.»

Dice:

«Ganar el mundo entero.»

Incluso suponiendo el éxito absoluto…

Si el alma se pierde…

Todo ha fracasado.

El rico insensato: una parábola para nuestro siglo

Probablemente ninguna parábola describe mejor nuestra civilización que la del rico insensato (Lucas 12,16-21).

Aquel hombre obtiene una cosecha extraordinaria.

Decide ampliar sus graneros.

Hace planes para muchos años.

Se dice a sí mismo:

«Tienes bienes almacenados para mucho tiempo.»

Pero Dios responde:

> *«Necio, esta misma noche te reclamarán el alma.»*

Todo termina en un instante.

No porque la riqueza fuera mala.

Sino porque había construido su seguridad sobre algo incapaz de salvarle.

Cristo concluye:

> *«Así es el que atesora para sí y no es rico ante Dios.» (Lucas 12,21)*

El éxito según Jesucristo

Resulta sorprendente comprobar que Jesús nunca utilizó los criterios con los que nosotros solemos medir una vida.

Nunca preguntó:

¿Cuánto dinero tienes?

¿Cuántos discípulos te siguen?

¿Cuántos reconocimientos recibiste?

¿Cuántas propiedades acumulaste?

Preguntará otra cosa.

Tuve hambre…

¿Me diste de comer?

Estuve desnudo…

¿Me vestiste?

Era extranjero…

¿Me acogiste?

(cf. Mateo 25,31-46)

El juicio final no gira alrededor del prestigio.

Gira alrededor del amor.

Porque el amor permanece.

Todo lo demás desaparece.

El polvo siempre llega

La liturgia del Miércoles de Ceniza conserva una frase que atraviesa los siglos:

> *«Recuerda que eres polvo y al polvo volverás.»*

No es una amenaza.

Es un acto de misericordia.

La Iglesia nos recuerda una verdad que la sociedad intenta ocultar.

Moriremos.

Todos.

Sin excepción.

El empresario.

El político.

El deportista.

El artista.

El científico.

El influencer.

El sacerdote.

El Papa.

El mendigo.

La muerte iguala todas las apariencias.

Solo permanece lo que fue vivido en Dios.

La ilusión del control

Otro gran ídolo contemporáneo consiste en creer que controlamos nuestra vida.

La tecnología nos hace pensar que todo depende de nosotros.

Pero basta una enfermedad.

Un accidente.

Una crisis económica.

Una guerra.

Una catástrofe natural.

Para descubrir lo frágiles que somos.

La Biblia lo recuerda constantemente.

Santiago escribe:

> *«Vosotros no sabéis qué será de vuestra vida mañana. Sois como una niebla que aparece un momento y luego desaparece.» (Santiago 4,14)*

No es pesimismo.

Es realismo cristiano.

Los santos entendieron algo que el mundo sigue ignorando

Cuando observamos la vida de los santos descubrimos un patrón común.

No vivieron buscando fama.

Buscaron santidad.

Muchos murieron completamente desconocidos.

Algunos fueron despreciados.

Otros perseguidos.

Muchos considerados fracasados.

Sin embargo, hoy siguen iluminando a millones de personas.

Mientras tanto, innumerables personajes que dominaron su época apenas ocupan unas líneas en los libros de historia.

La gloria humana caduca.

La santidad permanece.

El éxito que nunca muere

Existe un éxito que jamás será destruido.

No depende del mercado.

Ni de la economía.

Ni de la política.

Ni de la edad.

Ni de la salud.

Consiste en llegar al final de la vida pudiendo decir:

«He amado a Dios.»

«He permanecido fiel.»

«He vivido en gracia.»

«He servido a los demás.»

«He dejado que Cristo transformara mi corazón.»

Ese éxito continúa después de la muerte.

Porque pertenece a la eternidad.

La teología de las realidades temporales

La doctrina católica nunca ha promovido el desprecio por el mundo creado. Al contrario, enseña que la creación es buena porque procede de Dios (cf. Génesis 1). El trabajo, la ciencia, el arte, la cultura, la economía y el desarrollo técnico forman parte de la vocación humana de colaborar con el Creador.

Entonces, ¿dónde está el problema?

El problema aparece cuando el orden querido por Dios se invierte.

La teología distingue entre los **bienes temporales** y el **Bien supremo**. Los primeros son auténticos bienes, pero relativos; pueden y deben utilizarse con rectitud. El segundo es Dios mismo, el único bien absoluto. Cuando un bien relativo ocupa el lugar reservado al Absoluto, se convierte en un ídolo.

Esta es una de las grandes enseñanzas del primer mandamiento: «No tendrás otros dioses frente a mí» (Éxodo 20,3). La idolatría no consiste únicamente en postrarse ante una estatua; también aparece cuando el dinero, el prestigio, la carrera profesional o incluso la propia imagen se convierten en el centro alrededor del cual gira toda la existencia.

Por eso Jesús afirma con tanta contundencia:

> *«No podéis servir a Dios y al dinero.» (Mateo 6,24)*

No dice que sea imposible poseer bienes, sino servirlos como si fueran un dios.

Cuando el éxito se convierte en una nueva religión

Nuestra cultura ha construido una espiritualidad alternativa.

Tiene sus propios templos: los centros financieros, las plataformas digitales, los escenarios donde se busca el aplauso constante.

Tiene sus sacerdotes: los gurús del éxito, los «coaches» que prometen felicidad sin conversión, los influenciadores que presentan una vida aparentemente perfecta.

Tiene sus dogmas: «si quieres, puedes»; «el éxito depende solo de ti»; «eres lo que produces»; «vales lo que los demás admiran».

Tiene incluso sus liturgias: revisar compulsivamente las estadísticas, comparar la propia vida con la de otros, perseguir una aprobación que nunca termina de satisfacer.

Desde una perspectiva pastoral, este fenómeno merece una profunda reflexión. El corazón humano posee una dimensión religiosa insuprimible. Si no adora al Dios verdadero, terminará absolutizando alguna realidad creada. El problema no es que el hombre deje de adorar; el problema es **qué** adora.

La muerte: la gran maestra olvidada

Durante siglos, la espiritualidad cristiana recomendó meditar con frecuencia sobre la muerte, no para caer en el miedo, sino para aprender a vivir sabiamente. La tradición llamaba a este ejercicio *memento mori*: «recuerda que has de morir».

Hoy esta práctica resulta incómoda porque vivimos en una cultura que procura ocultar la muerte. Se evita hablar de ella, se disimula, se relega a hospitales o tanatorios. Sin embargo, precisamente porque la muerte es una certeza, constituye una de las mejores maestras de la vida.

Preguntémonos con sinceridad:

- ¿Qué preocupaciones actuales tendrán importancia dentro de cien años?
- ¿Qué discusiones seguirán teniendo sentido cuando comparezcamos ante Dios?
- ¿Qué posesiones podrán acompañarnos en el juicio particular?

Responder honestamente a estas preguntas ayuda a ordenar las prioridades.

El verdadero tesoro

Jesús ofrece una alternativa luminosa al afán de acumular bienes efímeros:

> *«No acumuléis tesoros en la tierra, donde la polilla y el óxido destruyen y donde los ladrones perforan los muros y roban. Acumulad tesoros en el cielo… Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.» (Mateo 6,19-21)*

La expresión «tesoros en el cielo» no es una metáfora vacía. Hace referencia a todas aquellas obras realizadas en gracia de Dios: la caridad, la oración, los sacrificios ofrecidos con amor, las obras de misericordia, la fidelidad cotidiana, el perdón concedido, la paciencia en el sufrimiento y la perseverancia en la fe. Nada de ello se pierde. Todo tiene un valor eterno porque participa del amor de Cristo.

¿Cómo vivir en el mundo sin pertenecer al mundo?

El cristiano no está llamado a huir de la sociedad ni a despreciar las responsabilidades temporales. Debe trabajar con excelencia, estudiar con dedicación, sostener a su familia, ejercer su profesión con honestidad y contribuir al bien común. Pero todo ello ha de hacerse con un corazón libre.

La libertad cristiana consiste en poder decir:

- Si Dios me concede el éxito, lo pondré a su servicio.
- Si permite el fracaso, seguiré confiando en Él.
- Si recibo honores, procuraré que no alimenten mi orgullo.
- Si soy olvidado por los hombres, recordaré que Dios conoce mi nombre.

Esta libertad interior es uno de los mayores frutos de la vida espiritual.

Aplicaciones pastorales para la vida cotidiana

Esta reflexión no pretende desanimar a quien trabaja, estudia o emprende proyectos. Al contrario, invita a purificar la intención con la que se realizan esas actividades. Algunas prácticas concretas pueden ayudar:

- Comenzar la jornada ofreciendo el trabajo a Dios y pidiendo que todo redunde en su gloria.
- Examinar periódicamente si el éxito profesional está desplazando la vida sacramental, la oración o la familia.
- Practicar la limosna y la generosidad para recordar que los bienes son administrados, no poseídos de manera absoluta.
- Frecuentar el sacramento de la Reconciliación, que ayuda a desenmascarar los ídolos ocultos del corazón.
- Participar con fidelidad en la Santa Misa, donde aprendemos que el mayor triunfo de la historia se manifestó, paradójicamente, en la Cruz de Cristo.

La paradoja de la Cruz

Desde criterios puramente humanos, Jesucristo murió como un fracasado. Fue traicionado, abandonado por muchos de sus discípulos, condenado injustamente y ejecutado de la manera más humillante reservada a los criminales.

Sin embargo, precisamente en esa aparente derrota se manifestó la victoria definitiva sobre el pecado y la muerte.

La Cruz revela que el éxito de Dios no siempre coincide con el éxito del mundo. Mientras la lógica humana busca imponerse, Cristo vence entregándose. Mientras el mundo exalta el poder, Él manifiesta la fuerza del amor obediente al Padre.

Por eso el discípulo de Cristo no debe sorprenderse si la fidelidad al Evangelio no siempre recibe aplausos. La verdadera medida del éxito cristiano no es la popularidad, sino la santidad.

Una pregunta para terminar

Imaginemos que hoy concluyera nuestra vida.

No dentro de cuarenta años.

No cuando llegue la jubilación.

Hoy.

¿Qué quedaría?

¿Un currículum brillante?

¿Una cuenta bancaria?

¿Un nombre conocido?

¿O un corazón configurado con Cristo?

La historia demuestra que los imperios caen, las fortunas cambian de dueño, las modas pasan y los nombres más célebres terminan siendo olvidados. Lo que permanece es aquello que ha sido unido al amor de Dios.

Quizá el mayor éxito no consista en que el mundo recuerde nuestro nombre, sino en que, al final del camino, podamos escuchar aquellas palabras que todo cristiano debería anhelar por encima de cualquier reconocimiento humano:

> ***«Bien, siervo bueno y fiel; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; entra en el gozo de tu Señor.»***
> *(Mateo 25,23)*

Entonces comprenderemos plenamente que aquello que el mundo llamaba éxito era, muchas veces, solo polvo llevado por el viento. En cambio, la vida vivida en gracia, la fe

perseverante, la caridad ejercida con humildad y la fidelidad a Cristo habrán adquirido un peso de eternidad que ninguna muerte podrá destruir.

Porque el auténtico éxito no consiste en llegar más alto que los demás, sino en llegar al Cielo. Allí, donde «ni la polilla ni el óxido destruyen» (cf. Mateo 6,20), todo lo ofrecido por amor a Dios permanece para siempre. Esa es la única victoria que jamás será reducida a polvo.